

Sebastián Mora Rosado

Universidad Pontificia Comillas

"Itinerario para una sociedad vinculada desde la DSI"

1. Introducción

Una de las constataciones del último informe Foessa¹, se condensaba en la expresión: una **sociedad desligada**. De hecho, el primer capítulo del informe lleva por título “La gran desvinculación”. Ya en el avance del informe Foessa² se advertía:

En la evolución de nuestro marco social estamos construyendo una sociedad desligada, que destruye con cada vez mayor intensidad los vínculos o ligamentos por los que nos sentimos miembros, con derechos y deberes, de nuestra sociedad. Donde el individualismo exacerbado deja a la persona cada vez más sola en su proceso de incorporación social, y ante los grandes cambios civilizatorios ha decidido ignorar su victimario. Esta sociedad desligada se reconoce en la realidad que muestran los resultados de este avance.

Los datos no hacen más que corroborarnos cotidianamente está profunda desvinculación. En estos tiempos de “confinamiento por la crisis del coronavirus” vivimos el deseo y la esperanza de que, la profunda vulnerabilidad que estamos experimentando, abra la puerta a una interdependencia profunda. Una interdependencia que sea fundamento de ligazón antropológica.

Desde el evangelio surge una invitación clara y precisa a *ob-ligarnos*, especialmente con los más excluidos. La Iglesia está convocada a una *ob-ligación* que se tiene que traducir en palabras y obras de todos los cristianos y de la Iglesia en su conjunto. Volvamos a lo esencial, anclémonos en lo fundamental, enraicémonos en lo principal de nuestra misión; predicar la Buena Nueva de la fraternidad.

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) considera esta *ligazón* como constitutivo de lo humano.

¹ Fernández Maillo, G (coord) (2019). VIII Informe Sobre exclusión y desarrollo social en España. Madrid: Foessa

² Fundación Foessa (2018). Análisis y perspectivas 2018: Exclusión Estructural e Integración Social. Madrid: Cáritas-Foessa, p 30

La persona es constitutivamente un ser social, porque así la ha querido Dios que la ha creado. La naturaleza del hombre se manifiesta, en efecto, como naturaleza de un ser que responde a sus propias necesidades sobre la base de una *subjetividad relacional*, es decir, como un ser libre y responsable, que reconoce la necesidad de integrarse y de colaborar con sus semejantes y que es *capaz de comunión* con ellos en el orden del conocimiento y del amor”³.

La vinculación es constitutiva de nuestra naturaleza humana. Un ser humano aislado es una persona recortada en su integralidad. “Soy porque somos y, somos porque tengo capacidad de ser”. La relacionalidad entre persona y sociedad es una clave, un principio fundamental, de la DSI. Sin caer en la negación de lo social (“solo existen individuos” dijo Margaret Thatcher en los 80), ni en la negación de lo personal (“somos un mero recuerdo en la marcha del espíritu absoluto” que diría Hegel). Los sociologismos o psicologismos de diverso signo (autómatas y sociómatas), han estado tras la sombra de la muerte del sujeto⁴ de manera ininterrumpida.

El cristianismo es una propuesta comunitaria de vida. El cristianismo no se dirige a un ser aislado, sino que “se es cristiano para participar en la *diakonia* de la totalidad”⁵. Francisco en Laudato si (LS) asume esta diakonia de la totalidad desde la interconexión total con nosotros mismos, las personas, la naturaleza y Dios: “todo está conectado” (LS 16).

Sin embargo, la relacionalidad está ajada en nuestros mundos (desligada, desvinculada) y la DSI, desde el evangelio de la misericordia, reclama una *subjetividad relacional* que genere *comunión* (vinculación). Vamos a proponer un escueto itinerario para construir vinculación. Es una propuesta sencilla, sin pretensión de exhaustividad, en la que se quedaran muchos ámbitos sin abordar⁶ pero que nos puede ayudar como referencia.

2. Dinámicas de vinculación

Este itinerario plantea tres escenarios necesarios y complementarios para edificar comunión, vinculación y ligazón antropológica.

³ Compendium DSI 149

⁴ Vidal, F (2009). Pan y Rosas. Fundamentos de exclusión social y empoderamiento. Madrid: Foessa, p 125, ss

⁵ Ratzinger, J (2001). Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico. Salamanca: Sígueme, p 209

⁶ Por ejemplo, no se va a abordar la necesaria “vinculación” con la naturaleza de manera directa. La reflexión se quedará en el ámbito de lo “social”

El primer escenario despliega la tarea *crítica*. Prestar atención a los signos de los tiempos (*auditus temporis*) para saborear la realidad a la luz del evangelio. Seguiremos con el escenario *creativo* que se despliega en tres dinámicas relacionales: antropológica, comunitaria y política. No hay vinculación sin el abrazo humano (antropología), la red de lo común (comunitaria) y sin la dimensión estructural (política). Acabaremos con una visita al fundamento de nuestras tareas. Un escenario que busca en lo profundo de nuestro ser para hacernos salir hacia los demás. Sin una revolución espiritual será imposible *religarnos* al otro en su integralidad.

2.1. Escenario crítico: *auditus temporis*

“Cáritas (la Iglesia) es un corazón que ve”⁷ (DCE 31). Pero un corazón que tiene una mirada sobre la realidad especial y distinta. Tenemos una mirada excéntrica. Si miramos el significado de la palabra excéntrica (en la RAE) vemos como en su primera acepción se define como “raro, extraño”. En su segunda acepción, del mundo de la geometría, nos habla de algo que está fuera del centro o que tiene un centro diferente. Nuestra mirada sobre el mundo es extraña y además posee un centro diferente. Ese centro es la ‘opción preferencial por los pobres’, que es una opción cristológica (Cfr: 2 Col 8,9) y no ideológica, como ha recordado el Papa (cfr EG 198) varias veces siguiendo a Benedicto XVI. Esta opción es parte constitutiva y esencial en la historia de la Iglesia tal como nos recuerda S. Juan Pablo II en su magisterio: “quiero señalar aquí la opción o amor preferencial por los pobres. Esta es una opción o una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia. Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto imitador de la vida de Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes” (SRS 42).

En primer lugar, pensar la vinculación, desde la opción por los pobres, es un asunto de ubicación. Se trata de ocupar el “lugar que da verdad” (Ellacuría), porque no podemos “encontrar la paz, sin bajar al dolor” (Gloria Fuertes). La DSI nos abre dos vías complementarias para poder prestar atención desde los ojos del evangelio.

⁷ El paréntesis es mío

En primer lugar, la **vía de la experiencia** porque la “realidad es más importante que la idea” (EG 231-233). Pensar, en cierta medida, es sentir; experimentar; gustar y sufrir la realidad. En la DSI hay un llamamiento continuo al compromiso como forma de conocimiento y cómo búsqueda de nuestra posición en el mundo. Pensar la vinculación desde los pobres y excluidos, debe significar algo distinto que pensar desde los satisfechos e integrados. En este tiempo interrumpido por la pandemia, podemos analizar el confinamiento desde muchas atalayas. Es distinto pensar desde una habitación compartida, sin wifi, aislado y con una renta nimia; que pensarla desde una vivienda unifamiliar, con todas las comodidades. A todos nos afecta el confinamiento, pero de manera muy desigual.

La segunda **vía es la del análisis social** riguroso y consistente, No es suficiente la experiencia, sino que hay que articularla con los saberes de este mundo. “El saber humano es insuficiente y las conclusiones de las ciencias no podrán indicar por sí solas la vía hacia el desarrollo integral del hombre. Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor” (CV 30).

Ponderar, analizar y estimar la realidad exige un esfuerzo ingente desde las ciencias sociales para no caer en un mero asistencialismo sentimental. Ahora bien, este acercamiento analítico debe estar vivificado por la belleza de la experiencia. Método y experiencia, razón y práctica, objetividad e intersubjetividad se hermanan como narración crítica de la realidad.

Auditar la realidad desde el testimonio de la experiencia y los instrumentos de las ciencias sociales, desde la opción preferencial por los pobres. He aquí un primer escenario básico para poder pensar y edificar cualquier propuesta de vinculación.

2.2. Escenario creativo: antropológico, comunitario y político

No hay vinculación humana sin encuentro profundo, en el sentido antropológico, con los otros. La vinculación no es, ni debe ser, mera conexión estructural o conectividad digital. La competencia ética fundamental consiste en la apertura hacia lo otro y los otros, en estar accesible a los requerimientos del mundo, atento a lo distinto de uno mismo. “Nuestro compromiso no consiste exclusivamente en acciones o en programas de promoción y

asistencia; lo que el Espíritu moviliza no es un desborde activista, sino ante todo una atención puesta en el otro considerándolo como uno consigo” (EG 199).

Esta atención, este encuentro con el otro y por el otro es la clave esencial de todo el itinerario de la DSI desde el evangelio de la misericordia. “Soy responsable del Otro sin esperar la recíproca” (Levinas) puede ser la expresión condensada de esta primariedad del abrazo antropológico.

La vinculación se construye, en perspectiva evangélica, desde un encuentro afectante con el rostro concreto del Otro. La persona es esencialmente relación, respectividad y versión a los otros. Son los otros los que me constituyen en persona. Esta esencial respectividad de los unos a los otros se convierte en apertura radical a la alteridad. esta experiencia de alteridad hace un llamamiento encuentro con el otro más allá de la norma y lo obligado. En el encuentro con el Otro estoy frente a un prójimo, en la norma y la ley me sitúo frente a un tercero (un “cualquiera”) lo que produce esferas de experiencia distintas e irreductible -aunque, evidentemente, mantengan relaciones productivas entre ambos campos de experiencia- siendo ambas necesarias y por sí mismas no suficientes. La lógica del don, de la procura, de la solicitud desborda por todos lados la ley, la norma y los instituido. Esta primaria apertura al otro “como un consigo” es la base de toda edificación de la comunión humana.

En segundo lugar, la vinculación se declina como construcción de comunidad. Los vínculos que tenemos como sociedad se han fragilizado de manera rápida e intensa. Las relaciones que los seres humanos mantenían entre sí, en una parte importante, han sido sustituidas por meras transacciones, por sensaciones de conexión infinita o por sueños virtuales de comunicación. Este fenómeno enraizado en el individualismo como resorte ético y moral de nuestras sociedades occidentales, se ha visto intensificado por la “digitalización del mundo” que puede generar una *coexistencia sin convivencia*. El papa, en *Evangelii Gaudium* ve este individualismo clave en su diagnóstico sobre el mundo. El capítulo segundo dedicado al diagnóstico social se titula “en la crisis del compromiso comunitario”. La pérdida de lazos comunitarios es uno de los factores claves para la pérdida de horizonte solidario en nuestros días.

La sociabilidad humana admite grados diversos y se expresa de diferentes formas por eso hay que ampliar el campo de experiencia desde diversos espacios de creación de comunidad y asociación humana. “La sociabilidad humana no es uniforme, sino que

reviste múltiples expresiones. El bien común depende, en efecto, de un sano pluralismo social. Las diversas sociedades están llamadas a constituir un tejido unitario y armónico, en cuyo seno sea posible a cada una conservar y desarrollar su propia fisonomía y autonomía. Algunas sociedades, como la familia, la comunidad civil y la comunidad religiosa, corresponden más inmediatamente a la íntima naturaleza del hombre, otras proceden más bien de la libre voluntad”⁸.

Frente a esta cultura individualista se va abriendo paso una “cultura y práctica de lo común”⁹ que especialmente, desde la crisis del 2009 ha emergido con fuerza. Se trata de generar y gestionar lo social desde otro modo de ser y hacer. Frente a la cultura de lo mío ruge la cultura de lo común. Frente a la práctica del egoísmo la práctica de la cooperación. Es lo que se está denominando la revolución “comonalista”¹⁰ que redescubre el valor de lo común en la vida ética, económica y política. Como bien dice Aguacil “la autonomía individual no puede pensarse sin la autonomía de los otros, o si se prefiere, de la dependencia de los otros. La autonomía del entorno relacional y la autonomía en el entorno relacional son inseparables. La noción de sujeto en-proceso no toma sentido más que en sus relaciones desarrolladas en el interior de un eco-sistema (natural, espacial, social)”¹¹

La participación cívica se ha visto mermada rompiendo algo esencial para la sociedad. La participación es un elemento esencial del bien común que hay que alentar y favorecer. Así lo hace la DSI con nitidez. “Con el fin de favorecer la participación del mayor número de personas en la vida social, es preciso impulsar, alentar la creación de asociaciones e instituciones de libre iniciativa para fines económicos, sociales, culturales, recreativos, deportivos, profesionales y políticos, tanto dentro de cada una de las Naciones como en el plano mundial. Esta “socialización” expresa igualmente la tendencia natural que impulsa a los seres humanos a asociarse con el fin de alcanzar objetivos que exceden las capacidades individuales. Desarrolla las cualidades de la persona, en particular, su sentido de iniciativa y de responsabilidad. Ayuda a garantizar sus derechos”¹²

Es obligado rescatar la plusvalía social del tejido relacional comunitario, el potencial de la comunidad. En estos momentos de crisis nos damos cuenta de que “nuestra visión del mundo está teñida por la ideología de la escasez. Como algunos recursos –los

⁸ Compedium DSI 151

⁹ Los bienes comunes: cultura y práctica de lo común, en Revista Documentación social (2012), nº 165

¹⁰ En inglés común se escribe “commons”, de ahí el comonalismo

¹¹ Aguacil, J. Ética, nueva ciudadanía y democracia, en Documentación social (2010) nº 159. p 39

¹² Compedium DSI 151

económicos- son escasos y limitados, hemos tendido a ver todos los recursos como limitados y hemos hecho invisibles todos los que son abundantes. Nuestra cosmovisión anclada en la escasez los hace invisibles”¹³. La comunidad es un recurso abundante y que puede generar excedentes de proximidad y recursos ilimitados. En este contexto se hace imprescindible tejer redes cálidas de *proximidad* y potenciar los espacios comunitarios como expresión de nuestra fe. La tarea es crear vinculación, crear fraternidad, generar lazos. La “cultura del encuentro”, que tantas veces reclama el Papa Francisco, es una pasión desbordante por el otro. El evangelio nos exige la experiencia de *proximidad*, cercanía, ternura y contaminación desde el otro y por el otro. No hay vida sin el otro. No hay sentido sin comunidad. No hay sociedad sin personas.

En último lugar, la tarea creativa nos involucra en lo político. Entendido en su sentido amplio y no meramente partidista. El Papa Francisco en su exhortación apostólica “*Evangelii Gaudium*” y en su encíclica “*Laudatio si*” hace un continuo llamado a un profundo cambio estructural. No podemos caer en una vinculación des-politizada que no asume el peso de lo estructural. “Desear el bien común y esforzarse por él es exigencia de justicia y caridad. Trabajar por el bien común es cuidar, por un lado, y utilizar, por otro, ese conjunto de instituciones que estructuran jurídica, civil, política y culturalmente la vida social, que se configura, así como pólis, como ciudad. Se ama al prójimo tanto más eficazmente, cuanto más se trabaja por un bien común que responda también a sus necesidades reales. Todo cristiano está llamado a esta caridad, según su vocación y sus posibilidades de incidir en la pólis. Ésta es la vía institucional —también política, podríamos decir— de la caridad, no menos cualificada e incisiva de lo que pueda ser la caridad que encuentra directamente al prójimo fuera de las mediaciones institucionales de la pólis” (CV 7).

La dimensión pública de nuestra fe es básica y esencial. Como dice Benedicto XVI, “no es menos cualificada e incisiva” que la caridad que encuentra directamente al prójimo. Crear vinculación es trabajar en la reconstrucción de los derechos humanos (DDHH) en el mundo. “En un mundo de riesgos de interdependencia global, ¿se pueden considerar los asuntos de los otros sólo como asuntos de los otros y cargarlos sobre sus espaldas?”¹⁴. El problema del “otro” es mi propio problema. Pues bien este enfoque de derechos se

¹³ Elizalde, A. Desarrollo humano y ética de la sostenibilidad, PPC, Madrid 2005, p 73

¹⁴ Beck, U. (2005). La mirada cosmopolita o la guerra es la paz. Barcelona: Paidós, p 78

manifiesta, como dice Joaquín García Roca ¹⁵, en tres rutas esenciales: la ruta de la ética que nos arraiga en la capacidad de reconocimiento y respecto a la dignidad de las personas convirtiendo a los DDHH en la “ética social para el siglo XXI”; la ruta política que nos exige recrearnos en el ámbito formal democrático e institucional jurídico y la ruta de la movilización ciudadana que nos convoca a una participación activa y reflexiva en la historificación (Ellacuría) de los DDHH.

Encuentro antropológico, construcción de lo común y energía cívico-política se aúnan en la ardua tarea de construir vinculación humana desde el evangelio de la justicia y la misericordia.

2.3. Escenario en profundidad: “mística de ojos abiertos”

Decía Thomas Merton que “lo único capaz de salvar al mundo de un completo colapso moral es una revolución espiritual”. Porque la situación espiritual de nuestra época transparenta una crisis de serenidad, sosiego y profundidad. Como decía Michel Henry hemos perdido la capacidad de experimentarnos a nosotros mismos y por lo tanto la capacidad de experimentar al otro.

En esta “sociedad sin adentros”, que se desliza imparable por lo superficial necesitamos perforar la realidad e ir “más adentro a la espesura” (S. Juan de la Cruz). Para vincularnos necesitamos aprender a perforar la vida. Perforar es “vivir el presente, aprender a silenciar nuestros ruidos interiores y cultivar una actitud de atención y asombro porque estemos dónde estemos allí está Dios también”¹⁶.

La experiencia espiritual requiere y presupone una distancia contemplativa. Dicha distancia, que no podemos confundir con ser distantes, se declina como recuperación del aroma del tiempo, la quietud del alma y la mirada profunda. Necesitamos rescatar el aliento de la profundidad y la capacidad de asombro del misterio para poder sufrir la conmoción contemplativa que nos estira hacia el otro. No hay condiciones de posibilidad para una espiritualidad sin profundidad y capacidad de asombro.

La espiritualidad no es un ensimismamiento en la profundidad de la intimidad. La espiritualidad nos abre al “otro y a lo otro”. Weil define la espiritualidad como un

¹⁵ García Roca, J. (2012). Reinención de la exclusión social en tiempos de crisis. Madrid: Cáritas-Fundación Foessa, cap 8

¹⁶ López Villanueva, Mariola. *Madeleine Delbrél: mistagoga de lo cotidiano* en Bara Bancel, S (ed) (2016). Mujeres, mística y política: la experiencia de Dios que implica y complica. Estella: Verbo Divino, p. 190

ejercicio de extrema atención hacia el otro, como un amor desbordante que nos conduce a Dios, a experimentar lo divino, en cada ser humano. Pero para llegar al otro necesitamos crear un vacío previo, por lo que el yo debe despojarse de todo aquello que le lastra. Creer es una “expropiación de sí mismo” (Balthasar). La *conversio cordis*, raíz substancial de la experiencia mística, exige y, a su vez, posibilita la *conversio morum* (ética). Sin exterioridad de compromiso no hay interioridad verdadera. Indagar por los adentros nos lanza a extravesar por los otros y desde los otros.

3. Conclusión

En una sociedad desligada, en la que los más excluidos están al margen, la llamada a una fraternidad sólida es el grito más revolucionario que podamos emitir. Estamos viviendo un tiempo especial para sentir la vulnerabilidad de lo humano. Desde esta vulnerabilidad sentida, y temida en muchos casos, observamos la necesaria construcción de vinculación interdependiente: yo te necesito, tú me necesitas, todos nos necesitamos.

Ahora bien, para que esta interdependencia se edifique sobre cimientos firmes tenemos que situarnos con altura de miras (tarea crítica); anchura de experiencias (tarea creativa: antropológica, comunitaria y política) y hondura de fundamentos (mística de ojos abiertos).

Quizá sería bueno recordar las proféticas palabras de Paulo Freire, en su *Pedagogía del oprimido*: “Nadie libera a nadie, ni nadie se libera solo. Los hombres y mujeres se liberan en comunión”¹⁷

¹⁷ Freire, Paulo (2012). *Pedagogía del oprimido*. Madrid: Siglo XXI, cap 1º